

Una historia que es un cuento (contada a dos voces)

Conversación entre José Luis Serzo y Óscar Alonso Molina

A mí al menos me trae el recuerdo de aquel monje que se quedó escuchando el canto de un pájaro en el huerto del convento, y al despertar de su encanto, se encontró con que habían transcurrido cien años. Hay algo agridulce en este antiguo cuento sobre los poderes extáticos de la contemplación; porque, ¡qué más dan cien años que tres, o un minutos que un segundo, si el monje volvió a caer en el tiempo! Aunque por otra parte, ¿qué placer obtendríamos de abandonar el tiempo, si no regresáramos a él?

-Ángel González García-

Una soleada mañana de marzo encamino mis pasos al hospital madrileño donde me espera José Luis Serzo: acaba de ser padre por primera vez: Beatrice, su compañera y su musa, ha dado a luz a Maya. De camino voy pensando que los sueños de Serzo más que convertirse en realidad "son" la realidad... y recuerdo divertido cómo, a veces, incluso él se asusta un poco de verdad con algo semejante. Cualquiera que no lo conozca lo suficiente se asombraría de esos fogonazos supersticiosos que lo aterran por un instante en mitad de una broma o una maldición dicha sin pensar.

En el taxi recuerdo también la última vez que vi a Bea, hace unos días, radiante, literalmente como una super-nova a punto de deflagrar para repartir materia y luz por el universo. Coincidimos en la última exposición de su admirado Pérez Villalta, y, como corresponde al gusto alegórico de Serzo, nos dimos el hola y los besos debajo del cuadro "La Vía Láctea", por cierto, el favorito de todo el conjunto de Herminio Molero, como éste me confesaba pocos días más tarde.

Fantaseo un poco con las posibilidades que ofrece semejante acontecimiento a un creador de las peculiaridades de mi viejo amigo; sé que en su cabeza bullen ya nuevos ciclos que tomarán a la criatura recién nacida por protagonista; hago propuestas imaginarias para el primer retrato que veré de ella -a buen seguro, cuando llegue al centro la habrá ya dibujado al menos una vez, posiblemente también a Bea-. Al tiempo, hago cálculas sobre qué regalarle a esta vida recién inaugurada; ha de ser algo que sea significativo, mas sin resultar abrumador, ni innecesariamente determinante -un texto pensando en ella estaría bien, algo sobre su advenimiento, tan largamente vaticinado por Serzo-; y, en fin, comprendo a la postre que esta niña de nombre tan especial es, para esos padres tan especiales, su auténtico y más íntimo *Thewelcome*.

Mientras, por la ventanilla, el mundo ofrece incesantemente todavía motivos fugaces que, entreveo, por mucho que me empeñe sólo podría iluminar en este justo momento poniéndome en el lugar del nuevo padre, con demostrada fama, hoy más que nunca, de ser capaz de insuflar vida en lo real para volverlo mágico. Llegamos, e interrumpo bruscamente el hilo de mis pensamientos; pago la carrera, hago mis pesquisas en recepción y subo rápido a una habitación, más soleada que el exterior: Serzo ríe y me abraza y ríe y me acerca empujándome a una Bea que sonrío y me saluda y sonrío y mira hacia abajo, hacia sus brazos, donde Maya es preciosa y ya mágica...

A los pocos minutos, con motivo de la llegada de una enfermera que nos echa de allí por un rato, aprovecho para reconducir nuestra conversación a cuestiones prácticas que tenemos pendientes tratar cuanto antes:

- **Óscar Alonso Molina.** ¿Qué vas a llevar a la Rivadavia?

- **José Luis Serzo.** Pues, recordarás, Blinky solía encontrarse en la costa del Mar Rojo con su amigo I Ming, al que gustaba llamar "el pequeño amarillo", ¿verdad? De este niño chino de siete años aprendió, entre otras muchas cosas, a volar las cometas con la maestría que sólo puede ofrecer para ésta práctica la herencia de la milenaria tradición china que el niño encarnaba. De aquellos encuentros Blinky nos relataba sorprendido que una de las cosas que más le fascinaba de "el pequeño amarillo" era su peculiar y revelador método para volar su preciosa cometa, pues el hilo dorado de ésta era la prolongación del bordado de su chaqueta oriental.

Este niño era ya entonces -y lo es ahora más que nunca- una auténtica caja de sorpresas. La serie, que comencé con este personaje hace ya algunos años, lleva por título *Los Sueños de I Ming, "el pequeño amarillo"*, y verá la luz por vez primera en Rivadavia. Nos esperan muchas aventuras con éste pequeño personaje. Un paseo iniciático y, además, narrado de puño y letra por nuestro Blinky Rotred. Y es que I Ming tiene la capacidad para desarrollar todos sus sueños; o quizá eso es lo que él cree, ¡pero ahí precisamente está el grueso del asunto!

I Ming trae consigo muchas reflexiones y revelaciones sobre nosotros mismos. Es un ser lejano y cercano, exótico y cotidiano. Como su propio país lo es para nosotros: ese gran desconocido, lleno de contradicciones. I Ming funciona como un cuerpo simbólico, profundamente misterioso, a la vez que necesariamente deseado. I Ming es nuestro niño interno. Quizá la intuición misma. La exposición será, pues, otro canto a la valentía, otra propuesta y apuesta por la imaginación como forma de conocimiento.

- **Ó.A.M.** Y Maya...

- **J.L.S.** Que puedo decirte de Maya...todavía tengo el corazón en la boca, el zumbido en los oídos y las estrellas en los ojos, y temo que toda descripción sea insuficiente.

Maya es lo mejor y más grande que me ha pasado en la vida. ¡Pues es la vida misma! Todavía tengo que reposar esta intensa experiencia para que, poco a poco, se vaya traduciendo en imágenes. Pero te adelanto, querido Óscar, que como mínimo, me gustaría reflejar esta nueva historia, con imágenes de la misma calidad e intensidad lírica y mística, que pudiera tener el maestro flamenco Geertgen tot Sint Jans, en hallazgos tan inverosímiles como su *Natividad*, esa pequeña tabla que irradia luz propia y una insólita energía nuclear... ¡por pedir, que no quede!

- **Ó.A.M.** En algún momento pensé que haría su aparición, aunque fuera fugazmente, al lado de I Ming. No sólo para que quedara inmediata constancia en Cádiz de su advenimiento, sino porque en la trama de tu poética aprovecharías el diferencial y las enormes posibilidades de contraste que ofrecen esos dos núcleos tan

concentrados a nivel simbólico: él le trasvasaría su energía, su experiencia, el haberse anclado tan firmemente en el nudo de lo real, y ella le ofrecería el espacio abierto, prístino y en blanco donde escribir. Porque el relato estético, también el de tus fábulas, Serzo, no puede escapar a ese campo de tensión entre los polos: la escritura y los márgenes que la contienen...

- **J.L.S.** Creo que Maya se merece un ciclo propio, que contenga su propio nacimiento y algún tiempo de crecimiento, para así de nuevo romper los límites entre la realidad y la imaginación, cosa que, como bien sabes, nunca he sabido diferenciar del todo y suelo aprovechar al máximo en estos casos.

- **Ó.A.M.** Lo sé, lo sé; precisamente camino de aquí venía pensando en ello...

- **J.L.S.** Pues bien, Maya será, por supuesto, hija de Blinky Rotred y Beatrice, y ya veremos cómo interactuará con los otros personajes y/o familiares de este mundo paralelo que llevo desplegando.

El Ming nació en mi mente unos años antes de que Maya fuera concebida. Ahora me doy cuenta de que podría estar desempeñando, premonitoriamente, muchos de los papeles que a Maya corresponderían. El potencial simbólico de ambos es y será -todo esto es un verdadero futuro- muy similar. Ambos desarrollarían a la perfección la esencia de un verdadero *Thewelcome* (aquel ser-objeto-momento *bienvenido* en todos los sentidos y concesión más amplia), esto es: no sólo una posible y muy válida respuesta a las premisas de mi última exposición en Madrid, donde proponía y lanzaba un ordago al espectador para que fabulara con valentía su propio *Thewelcome*, sino también un personaje-símbolo que amplifica de manera considerable (y casi atterradoramente fantástica), toda gran promesa y riesgo que en sí mismo contiene.

Es, para entendernos con más claridad, un "más difícil todavía", en cuanto a los márgenes contenedores a los que te refieres. Desarrollar y elaborar clarivamente el personaje de un niño es, y siempre lo ha sido, una tarea muy difícil y muy prometedora al tiempo. Óscar, creo nos encontramos, o te estoy metiendo, en un terreno de pulsiones contradictorias. Pero así está el tema...

- **Ó.A.M.** ¡Pues salgamos rápidamente de ahí!, ya sabes que no me encuentro nada cómodo en semejante terreno... [risas]. Por cierto, ¿eres consciente de que, igual que crecen los ciclos temáticos, o que los argumentos de tus fábulas se despliegan, y que las historias, ubérrimas, se desbordan unas sobre otras, proliferantes, también tu técnica ha "evolucionado", o crecido?; cuanto menos ha cambiado poco a poco, ¿no crees? Sin duda orientándose hacia un mayor refinamiento y el uso desinhibido de repertorios y efectos convencionales, pero muy sentidos, a la vez muy irónicos, que oscilan entre el *kitsch* y el romanticismo, el arte gótico y el cómic, la *new-age* y el *gotic*...

- **J.L.S.** Sí, supongo que una evolución hay, como es lógico. Quizá en cuanto al planteamiento global de la historia-exposición sigo teniendo la misma predisposición para utilizar de manera indiscriminada cualquier medio. Pero en cuanto a cada obra individual, voy concentrando una enorme cantidad de motivaciones plásticas y conceptuales que han ido evolucionando y madurando con el tiempo.

En cuanto a pintura sabes mi predilección por la renacentista, nombres como Grünewald o Pieter Brueghel mantienen mi deleite...; pero en éste momento también recordaría algunos simbolistas como Klinger, Moreau o Kubin. De hoy, Kabakov, John Currin, Olafur Eliasson, Peter Doig o Kai Althoff funcionan últimamente como puntos de referencia en mi trabajo. Me estimulan los estilos híbridos, exigentes, evocadores y narrativos...utilizados con una mirada consciente y contemporánea, llena de una nueva esperanza e ilusión.

Pero claro, Óscar, todo influye. Nos retratamos a través de nuestros gustos; el cine, la literatura, la música... y el kitsch, por supuesto; hoy es imposible escapar de su influencia, ¡estamos en la “era del kitsch” diría yo! He de confesar que cuando entro a alguna tienda de “Todo a 100” veo objetos que bien me gustaría reutilizar, cambiar su destino, llevándolos a ver en algún museo. Éste es un tema que da para mucho.

- **Ó.A.M.** Todo esto suena, por momentos, más que a eclecticismo, a amalgama, mezcolanza, la reunión de lo disperso y distante: a la fusión de una cosa con otras, sean éstas estilos, historias, fragmentos de cuerpos y figuras, mundos reales o imaginarios, por lejanas que sean sus naturalezas. El resultado de tu trabajo, de hecho, tiene siempre algo si no surrealizante, sí de onírico, ¿no crees tú? Y propio del sueño es que las metamorfosis de unas formas en otras no atraviesen necesariamente la operación del sentido...

- **J.L.S.** Creo que todas las formas, en cualquier estado y dimensión, tienen un profundo sentido que las determina. Y éstas, a su vez, tienden a reflejar en sí mismas su propio símbolo y contenido. Así, no creo en el azar, ni en una realidad fragmentada, sino en todo lo contrario: en una holística, total y sincronizada. El azar, en cualquier caso, está gestionado por nuestro subconsciente, individual o colectivo, como filosofías orientales afirman desde hace siglos, y ahora la física cuántica viene a demostrar. Con esto, a la hora de descifrar mi obra o cualquier otra, se tendrán las claves para encontrar la unión de una variada superficie con un mismo núcleo y propósito. Se encontrará, así, la coherencia a la que toda obra (¡y todo hombre!) aspira. El Arte es otra forma de hacer salir el “otro mundo” a éste; por esto mismo, todo el Arte podría ser surrealista.

- **Ó.A.M.** Bueno, yo me refería a una cosa mucho menos trascendental: primero, al simple hecho de que en las imágenes que produces siempre se pone en marcha un mecanismo de acoplamiento de sintagmas cuyo origen es dispar, aunque, como demuestras, no incompatible; y segundo, a que, sin embargo, el resultado no hace necesariamente hincapié ni en las partes, ni en la herida –en tu caso siempre cerrada y bien cicatrizada, a diferencia de los surrealistas-, sino que se esfuerza todo lo posible en articular una continuidad plausible... Si bien lo pienso, esa energía que empuja a la fusión de esos fragmentos que reclamas en tus obras en un todo, como tú acabas de proponer, debe ser la de la utopía...

- **J.L.S.** Supongo, sí, pero una de un tipo que poco tendría que ver de la original de Tomás Moro, claro está, pues cada uno de nosotros tenemos la nuestra propia, y la suma de todas daría como resultado la Gran Utopía... Con mi obra busco algo parecido: motivar al espectador para que se anime a transmutar su entorno, pudiendo caer en la cuenta de que vive en un mundo potencialmente fantástico. Si todos nos proponemos eso mismo provocaremos una revolución inimaginable. Propongo la valentía para recuperar la ilusión en la vida, trabajar nuestra mejor parte; el

camino del corazón nos une mucho más de lo que nos separa, estoy seguro. El verdadero amor no entiende de idiomas ni de culturas; por el contrario, la mente incontrolada, los miedos y los prejuicios son los responsables del conflicto continuo en que vivimos.

- **Ó.A.M.** ¡Todo un ideario estético revolucionario!; en los tiempos que corren es sorprendente, casi inimaginable que lo sostenga alguien como tú, ligado con tanta fuerza a las disciplinas tradicionales. Resulta refrescante y muy emotivo encontrar focos de resistencia entusiastas frente al encasillamiento de la pintura, el dibujo, etcétera como prácticas reactivas y sin posibilidad alguna de contestación crítica, o en cuanto a herramientas plausibles para articular algún activismo del medio.

- **J.L.S.** Es que la pintura sigue viva y coleando, guste o no a ciertos sectores del gremio. Para los amantes del verdadero Arte, dentro de los que me incluyo, sigue teniendo una dimensión específica, intransferible, con una exigencia sin igual y con una capacidad poética de evocación incombustible, universal y eterna.

- **Ó.A.M.** ¡Toma ya!

- **J.L.S.** ¡Sí! [Risas]. A la pintura sólo se le habrá podido matar en el papel; varios han sido los intentos, sí, y muy divertidos, pero en cuanto se deja de leer y se levanta la cabeza, nos damos cuenta de que sigue ahí, en pié, frente a nosotros, mostrándonos algo que se escapa a cualquier concepto y funesta teoría.

El medio sólo no hace al artista contemporáneo –como promulga uno de los grandes equívocos actuales, por cierto–; son la “conciencia” y una “visión contemporánea” las que actualizan cualquier medio, haciéndolo válido en un determinado contexto. Hoy, de hecho, la pintura cobra una nueva dimensión al ser contemplada junto a otras nuevas disciplinas, las cuales la enriquecen y reafirman poderosamente. Existen códigos en ella, como en todos los demás lenguajes, que pueden convertirla en un medio rabiosamente actual y representativo de nuestro presente.

Mira, al igual que mi visión de la vida, entiendo el Arte como un magma continuo, sin fisuras entre la tradición y vanguardia, ni entre unos medios y otros. Aun así, la piel de la pintura nos recuerda quienes somos, pues el aura de la misma existe, ¡aunque tengamos buenas reproducciones! Su oficio y manufactura, su olor y textura..., son cosas inaprensibles casi que hacen de la pintura para mí, en ocasiones, “el beso de las artes”.

- **Ó.A.M.** Siempre lo digo, por continuar tu metáfora: de entre los de tu promoción eres de los creadores más fogosos que me he encontrado nunca... sólo que a veces le llevas a uno al borde de la locura, la ignición o el agotamiento, ¡qué magnífico amante! [risas]. Ahora más en serio, escuchándote me acordaba de aquello que decía otro gran enamorado de la vieja disciplina, Juan Antonio Aguirre, con un tono deliciosamente sensual que, de alguna manera, es también el tuyo: “Al diablo con lo profesional, con toda esa asfixiante acumulación de convenciones y falsedades. Estoy con la pintura en una relación bien diferente. Es mi invitada, mi convivencia en continuas vacaciones. Yo no vivo de ella. Vivir de quien se ama no me parece honesto. Más bien establecemos entre los dos una complicidad sin apuestas, sin verdugo ni vencido. Un deseo del rosa mantenido hasta el final.” ¿Nunca has pensado dedicarla un

tiempo absolutamente gratuito, no interesado, como un artista dominguero?, ¿no crees que esa auténtica revelación emancipadora que la presupones tendría lugar con más naturalidad y lógica interna fuera de su “profesionalización”?

- **J.L.S.** Entiendo al señor Aguirre, poéticamente, al menos; su propuesta es interesante, pero en estos momentos no va conmigo en absoluto. En mi caso, la pintura -el Arte-, se me hace casi indispensable para respirar, para vivir; es mi alimento y expresión del alma. Si además, uno puede vivir de lo que le es innato y le gusta hacer, ¡pues para qué perder el tiempo en otra cosa: eres todo un afortunado! Si esto se da así, cuantos se beneficien de tu trabajo de una forma u otra lo agradecerán, antes o después, sutil o contundentemente. Pienso que esto mismo está destinado a provocar un ejemplo y una potencial reacción en cadena. De esta posible revolución quería hablarte antes: trabajar y potenciar la valentía para que nunca se pierda la esperanza en uno mismo y en su proyecto vital. Todos tenemos nuestra propia “misión”, y esta vida nos da la oportunidad para descubrirla, llevarla a cabo. Al menos eso es lo que yo creo, pues los ejemplos de que esto funciona de un modo positivo y expansivo están por todas partes. Así, con mi trabajo estoy cumpliendo una doble responsabilidad, la primera para conmigo mismo, la segunda con la sociedad. Algún día tendríamos que hablar de ésta urgente necesidad: de la responsabilidad del artista como con la sociedad, ¿no crees?

- **Ó.A.M.** Sin duda, pero yo lo plantearía de un modo menos místico, espiritual... Bastante responsabilidad me parece, por ejemplo, ¡y entre otras mucho más prosaicas!, aquella que tradicionalmente le asignaba las competencias de la belleza: de administrarla y educarla, medirla, colocarla en la “posición exacta” para su propio tiempo; tareas que hoy día parecen escamoteadas, secuestradas de vuestras manos por el diseño y la publicidad, cuando no por la política, en el más tenebroso de los casos. Por otro lado, esa misma voluntad de sobrecargarlo con aspectos críticos, ideológicos, moralizantes, termina sofocando un poco al propio arte, ¿no crees? Como antes insinuaba, un poco de torpeza y de casi burdo “materialismo”, en su acepción más básica, en este terreno a menudo revelaría de nuevo las fuerzas brutas inesperadas, derivadas de su propia autonomía, que no han de conducir necesariamente al ensimismamiento ni al formalismo... Finalmente, ese potencial mesiánico que le atribuyes al arte se me aparece en franca contradicción con su revelación natural, “innata” que tú también reivindicas, suponiendo todavía que el artista es demiurgo o médium, un ser dotado, elegido, inspirado. Es como si desde el principio obligaras al espectador a mirar justo a un punto, advirtiéndole de que allí se va a producir un acontecimiento estremecedor, cargado, claro está, de significado. El arte no se obra como milagro pronosticado; sabemos por larga experiencia que en este tipo de experiencias uno siempre es sujeto paciente e imprevisto...

- **J.L.S.** Quizá, Óscar, pero no estaría nada mal que en éste mundo del “todo vale”, y para equilibrar una balanza que se ha situado, en mi opinión, en un nivel bastante mediocre, saliera de vez en cuando algún creador que tuviera esa idea de base: “llegar a hacer algún pequeño milagro, ¡alguna vez!”. Para esto no hace falta operar en/desde un estado “místico”, ni mucho menos, pero sí trabajar desde el corazón y con cierta exigencia. Hay que tirar la piedra bien alta, que ya irá bajando por su propio peso...

- **O.A.M.** Pues como esa misma piedra, volviendo de golpe a tomar tierra, pongamos nuestros pies en ella de nuevo, regresemos a Rivadavia: ¿qué cuenta la historia de I Ming?, ¿o quizá debería hacer la pregunta diciendo:

qué historias cuenta “el pequeño amarillo?”, quiero decir: ¿es lo mismo, en este caso, el tema que el asunto?, ¿son el conjunto de fábulas las que, sumadas, permiten deducir la moraleja del ciclo?

- **J.L.S.** No sé si habrá que esperar al final para revelar esa supuesta moraleja..., supongo que aún así, cada una de las obras que la componen tiende a lanzar la suya propia. Aunque podría tomar esta muestra como el comienzo de la serie (pues se me quedan muchas obras en el tintero para esta ocasión), puedo adelantarte de las historias de I Ming que están impregnadas de ese matiz positivo que tiene toda mi anterior obra.

“El pequeño amarillo” se ve inmerso en una serie de aventuras que desarrollan metáforas con distintos niveles interpretativos. Hay alusiones y citas, referencias al cine y a la mitología, a ciertos tópicos que tenemos de Oriente, y mucho humor. Hay, sobre todo, un punto de vista reflexivo al fenómeno de la infancia. Esto es algo que ya hemos visto muchas veces en el cine y en otros medios: el hecho de cómo un niño puede “representar” y “reflejar” sorprendentemente la vida de los “adultos”. Este hecho, aunque aparentemente sencillo, resulta muy revelador y estimulante en el mundo de la psicología y en el propio mundo de la metáfora.

- **Ó.A.M.** Al final, con tu trabajo, me pasa a menudo que lo veo todo como un gran autorretrato: las obras por separado, los ciclos, proyectos y series, los personajes individuales o las colectividades en que se agrupan, las acciones que allí se emprenden, los juegos de símbolos y alegorías, el relato...

- **J.L.S.** Pero, amigo, ¿cómo hacer algo sin proyectarnos? Todos no autorretratamos en todas y cada una de las acciones que llevamos a cabo en nuestras vidas; y la cosa se amplifica considerablemente en el terreno creativos, claro está. Es inevitable: nuestro rastro nos delata, nos define, nos “retrata”.

En mi obra el “autorretrato” quizá sea mucho más evidente, pero he de decir que mis decisiones para sacar adelante cualquier idea suelo llevarlas con mucha exigencia. Utilizo los puntos de mi propia experiencia que puedan ser “universalizados”, con trasfondo positivo, constructivo. Las miserias intento dejarlas en otra parte; o gritarlas al viento, si acaso, para que se las lleve y las transmute.

Para mí, en principio, todo espectador se merece un enorme respeto. De esa responsabilidad te quería hablar antes: pienso que el creador tiene que reflexionar seriamente sobre el mensaje que aspira a perpetuar, siendo consciente de si éste es positivo-liberador o, por el contrario, tóxico y estéril. Por eso mismo utilizo mi *alter ego*, Blinky Rotred, como un personaje simbólica y metafóricamente revolucionario. Todos tenemos un “hombre cometa” interno, aspirando liberarse de las ataduras para poder crear su propio destino. Ahora, con su amigo I Ming, ocurre lo mismo. Aparece nuestro niño interno, libre de prohibiciones, valiente y con una capacidad imaginativa inmensa.

- **Ó.A.M.** Por otro lado, resulta curioso cómo en tu trabajo despuntan y se reúnen rasgos y líneas de avance de la nueva sensibilidad característica de la más reciente promoción, como si, al cabo, más allá de ti mismo estuvieras configurando una suerte de ¡autorretrato colectivo!, o más explícitamente, generacional. Seguro que en el tuyo están incluidos de Murakami a Dalí; del Quattrocento italiano a la pintura flamenca; del Manga y el Anime a Dan Attoe; de la espiritualidad *New Age* a los mandalas tántricos; de Mark Tansey a...

- **J.L.S.** ...Fellini; y de la Nueva Objetividad al *after punk*; de Mussorsgky a The Mars Volta; de Tim Burton a Peter Greenaway; de Patinir a Perejaume; de Borjes a Italo Calvino; de Zhang Yimou a Hayao Miyazaki; de los Monty Python y Terry Gilliam a Panamarenko; del mundo simbólico e iconográfico de la alquimia a Pink Floyd; de Jan Van Eyck a Jan Fabre; de Christopher Orr a Arturo Prins; de Platón a Patrick Harpur; de Friedrich a Ellen Kooi; del Romanticismo al Surrealismo; de Stravinsky a Sigur Ros o Arcade Fire; de Rebeca Horn a Jaume Plensa; del “sincrodestino” a la física cuántica; de Albrecht Altdorfer y Durero a David Hockney o Peter Blake; de Prokofiev a Miles Davis; de Moebius a Enki Bilal o Lorenzo Mattotti; de Paracelso a Umberto Eco; de Jung a el Dammaphada; de Olafur Eliasson a Nedko Solakov; de Jim Henson a “Las trillizas de Belleville”; de Magritte a Robert Gober o **Goshka Macuga**; de la mitología griega a la ciencia ficción; de Hans Holbein a Hunderwasser; de Blinky Rotred a Beatrice Pierper, de Maya Serzo Pieper a...

Un tanto extrañada, la enfermera que nos había sacado de la habitación escuchaba desde el marco de la puerta hace rato el raro fragmento de mi amigo al que le toca asistir, hasta que por fin se atreve a hacer notar su presencia a Serzo, quien edifica extático –y estático- su particular museo imaginario interrumpiendo el paso. Con suave golpecito en el hombro detiene de golpe la retahíla, pasa entre nosotros con un quiebro, y desaparece diligente por el pasillo. Nos miramos un segundo, sonreímos; Rivadavia queda, súbitamente, lejos, desdibujada, y sin mediar palabra volvemos a la habitación a ver a “las chicas”.

Decido regresar en Metro. Ni demasiado lleno ni casi vacío, ni muy próximos ni lejanos, sujetos todos los pasajeros por un vínculo ligero pero firme, es el momento perfecto para mirar distraídamente caras, ropas, enseres, ademanes, actitudes... Un repertorio saturado de detalles mínimos que configuran un foco inagotable de discretísimos placeres para quien, como yo, encuentra especial placer en el simple hecho de mirar. Paso de una cara a otra; del original a su reflejo en los cristales de la ventanilla mientras atravesamos un túnel; comparo facciones, hago intentos por imaginar esa cara en otro sexo, en otros cuerpos... Cada rostro me lleva a otro: porque me resulta familiar, porque encuentro parecidos, porque miro a quien mira, o porque, de repente, alguien clava sus ojos en mí, haciéndome consciente de los míos... El juego no es infinito: llega mi estación y he de salir a la superficie. En las escaleras mecánicas el juego tiene un último tiempo, gracias a la ristra de caras que, a mi izquierda, llenan la escalera de bajada. Camino todo lo rápido que puedo por la calle, el centro sí que está a estas horas a rebosar, ¡nunca había *visto* tanta gente; nunca había visto *tanto*! Todo el mundo viene *de frente*, y hace rato, justo desde que he dejado a Serzo en le hospital, que sé que cada una de esas caras que miro me cuenta una historia que encaja con otra, en una red casi infinita, inmarcesible, de cuyo funcionamiento simbólico, estoy seguro, él no dudaría ni por un instante de hacerse cargo, por sobrehumana que parezca la tarea. Llego a casa, y ya mientras abro la puerta las voces de *lo Otros* son legión, están por todas partes, me siguen, me empujan, me esperan: el pasado, el presente y el futuro, todos quieren hablar *al tiempo*, y aparte de las voces colectivas y genéricas –¿los estilos?-, cada una puede ya tener un rostro individual, pues Serzo, ahora me doy cuenta, estaría dispuesto a proporcionárselo, dotándolo de imagen. Me mareo sólo de pensarlo. Enciendo el ordenador y busco rápido la manera en que pueda contar todo esto una soleada mañana de mayo...